

FRANCISCO LOUBAYSSIN DE LAMARCA: NOTAS PARA LA HISTORIA DE LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO DE ORO

ARSENIO PACHECO-RANSANZ

Don Alfonso de Castro considera a Francisco Loubayssin de Lamarca poeta digno de mención por ser, según él, uno de los autores extranjeros del siglo xvii que mejor escribieron el castellano, y si la intuición del crítico yerra en cuanto a la preceptiva de los géneros, acierta en cambio en cuanto a la substancia de su juicio. Subraya el perfecto dominio del español que tenía el novelista gascón Reynier al estudiar su producción en francés. Joaquín del Val dice textualmente que Loubayssin escribía el castellano "con claridad y sencillez preferibles a la cargante ampulosidad de los cultistas españoles," y Madeleine D. Lorch llega a afirmar de Loubayssin que "l'étendue de ses lectures, son habilité à utiliser des incidents vécus ou susceptibles d'être inventés facilement, et son maniement clair et intéressant d'une langue étrangère le rendent un personnage exceptionnel dans la littérature du dix-septième siècle."¹

"Que sait-on du romancier Francisco Loubayssin de Lamarca, gentilhomme gascon et auteur de deux romans espagnols publiés à Paris en 1615 et 1617?"²

A esta pregunta, que aparece en las páginas de la *Revue de Gascogne* de 1873 y 1882 trataron de responder doce años más tarde un investigador anónimo y Mr. A. Lavergne.³ Sin embargo, pese a sus esfuerzos y a las interesantes notas de Reynier y Lorch, tanto la figura como la obra de Loubayssin de Lamarca son aún una incógnita no resuelta de la vida y literaturas española y francesa del siglo xvii.

Sabemos por la inscripción en un retrato del autor que acompaña dos ediciones de sus novelas que Loubayssin contaba 29 años en 1617; debió nacer, pues, alrededor de 1588, y probablemente era natural de Astaffort, donde residían sus padres, el mercader Gerard Loubayssin y Nandine Lamarque. El testamento de la madre, fechado en 1617, hace sospechar ciertas desavenencias en el matrimonio, o por lo menos un conflicto de intereses económicos, tras las que quizá se esconda una clave sobre la vida del autor. Nandine revela que en aquellas fechas se había incoado un proceso sobre los bienes que ella había heredado y de los que se había apoderado su marido, y se muestra además bastante parcial en la distribución de la hacienda entre los ocho hijos que tuvo de su matrimonio. Deshereda a su primogénito, Jean Loubayssin, de quien dice no haber recibido ayuda alguna y que no la había visitado durante los catorce años que él llevaba viviendo en Salamanca, donde había contraído matrimonio y residía a la sazón. Reparte sus bienes entre los restantes, pero sólo deja a François, nuestro novelista, ciento cincuenta libras, mientras que ninguno de los otros hermanos recibe menos de trescientas.⁴

Las declaraciones de Francisco Loubayssin, que afirma haber pasado largas temporadas en España, y la parcialidad de la ofendida Nandine, hacen sospechar que el autor debió

acompañar en su juventud al padre en viajes de negocios por la Península, y que mantuvo acaso una relación continua y cordial con el hermano ausente.⁵

Carecemos de información que nos indique si Loubayssin consiguió alcanzar una posición económica relativamente desahogada siguiendo la profesión paterna, o si lo hizo a la sombra de protectores poderosos; nos sentimos inclinados a pensar, sin embargo, que eligió el segundo de estos caminos, y que buscó y obtuvo el favor de la aristocracia.

En 1617 Loubayssin era gentilhomme ordinario de Luis de Lorena, Cardenal de Guisa, y las dedicatorias de sus obras y dos panegíricos que compuso años más tarde en honor del duque de Orleans y del Cardenal Richelieu parecen ser prueba evidente del blanco a que apuntaban sus aspiraciones.⁶

Considerando las tensas e intensas relaciones que existieron entre Francia y España, las conexiones que Loubayssin tuvo en la Corte gala, y su equívoca actitud en cuanto a sus relaciones con España, cabe imaginar que el novelista aprovechara sus excelentes conocimientos del castellano y de la vida española con otros fines que los puramente literarios o económicos. Los indicios que invitan a tal sospecha son muy leves, pero sugestivos.

El tono y modo en que Loubayssin presenta sus obras revela una casi excesiva preocupación en justificar su afición a la lengua y temas españoles, dando la impresión de que quiere adelantarse con sus declaraciones a cualquier duda que pudiera tenerse de su fidelidad a la causa francesa; y es significativo que cuando se produjo la ruptura de relaciones entre ambos países Loubayssin se sintiera obligado a publicar un panfleto aclarando su posición en el conflicto ideológico que surgió en torno a la posición tomada por aquéllos.⁷

La actitud de Loubayssin en sus escritos no es en ningún momento la de un comerciante, cuyas relaciones con un país vecino no hubieran exigido este tipo de justificación política o ideológica. Loubayssin, efectivamente, no es calificado de mercader en ninguno de los documentos que sobre él se conocen, y aunque no llegó a escalar el rango de la nobleza, era al morir gentilhomme, escudero y señor de Tilladet, mostrando en su carrera el paso del burgués original al aristócrata menor de nuevo cuño. Posiblemente seguía en ello la tradición de la casa materna, pues ya antes de adquirir el señorío de Tilladet había conseguido el de Lamarque, que quizá debió heredar de su hermano Dominique, a quien Nandine había nombrado heredero universal en su testamento.⁸

Nada sabemos en realidad de las actividades de Loubayssin; pero cabe imaginarlo hombre movido y aventurero ligado a la vida de la Corte, cuyo ambiente conoce y en la

cual era conocido. Debió retirarse de la vida activa hacia 1647, cuando adquirió el señorío de Tilladet, y debió ser en tan avanzada fecha que contrajo matrimonio con Angélique de Rivière, que era mucho más joven que él, y de quien tuvo dos hijos, Claire y Jean-Marie.⁹

Jean-Marie, que llegó a conquistar cierta fama como orador sagrado, nació alrededor de 1651, es decir, cuando Loubayssin tenía más de sesenta años. No eran muchos los que le quedaban de vida entonces, pues aunque no sabemos la fecha exacta de su muerte, consta que su viuda contrajo segundas nupcias en 1663.¹⁰

Dejando aparte sus obras de circunstancias, que aunque ayudan a situarlo en su ambiente añaden poco a sus meritos de escritor, la producción literaria de Loubayssin se reduce a dos novelas escritas en castellano y una en francés. Aparecieron éstas casi consecutivamente, los *Engaños deste siglo* en 1615, la *Historia tragicómica de don Henrique de Castro* en 1617, y las *Aventures héroïques et amoureuses du Comte Raymond de Toulouse et de Dom Roderique de Vivar* en 1619.¹¹ Palau cita una edición de la *Historia tragicómica* de 1612, y aunque no hemos podido confirmar su existencia no es imposible que ésta fuera efectivamente la obra primeriza de un escritor precoz.¹²

Técnicamente los *Engaños deste siglo* revelan mayor madurez en el arte de narrar y más seguridad y confianza en el tratamiento de los temas que la *Historia tragicómica*, donde el autor es todavía bastante dependiente de los modelos en que se inspira.

En ambas obras Loubayssin muestra una sorprendente intuición en el uso literario del castellano, y es de lamentar que no siguiera cultivando esta lengua, que domina mejor que el francés, como él mismo reconoce en el prólogo de las *Aventures héroïques et amoureuses*. Aunque no nos ocuparemos aquí de esta obra, debemos señalar que tanto por los temas como por el ambiente de la acción, las tres novelas giran en torno a la vida e historia de España, que el escritor gascón demuestra conocer con gran detalle.¹³

Las dos novelas españolas, consideradas conjuntamente, obligan a ver en Loubayssin un novelista excepcionalmente dotado. Emplea en ellas gran variedad de técnicas y recursos, baraja temas dispares sin permitir que la trama se le escape jamás de las manos, y sabe prestar a su estilo una amplia gama de matices para que en todo momento exista una perfecta adecuación entre la materia tratada y la forma en que la misma se expone.

Los *Engaños deste siglo* es indudablemente la más lograda, y la única que ha resistido la evolución del gusto literario sin perder su interés y gracia originales; pero la *Historia tragicómica de don Henrique de Castro* no merece el tono casual con que ha sido tratada por la crítica, y aunque haya perdido su frescura y atractivos para el lector moderno, es un caso de sumo interés en la Historia de la Literatura española.

Dentro del panorama de la narrativa francesa la *Historia tragicómica* podría considerarse un antecedente de los llamados *romans heroïques* de Mlle. de Scudéry o de Gomberville, autor que coincide con Loubayssin en situar la acción de una de sus obras en tierras americanas.¹⁴ La obra

se inserta, sin embargo, en la línea de evolución de la novela española de la época y representa un esfuerzo nada desdeñable para conjugar en difícil malabarismo técnicas y conceptos aprendidos de los maestros de la picaresca y Cervantes, temas tomados de la realidad histórica hispana que contribuyen a la verosimilitud del relato, y las características esenciales de la novela bizantina, que es efectivamente el modelo en que se apoya la concepción y estructura de la trama.

Siguiendo el mismo, la acción comienza *in medias res* y la novela se estructura en torno a los relatos pormenorizados de la vida y aventuras de cada uno de los personajes a quienes el destino reúne en una perdida ermita de la costa chilena. Los personajes cuentan en primera persona su propia historia, y aunque el autor interviene a veces como narrador omnisciente, en general el lector va descubriendo los hechos desde la perspectiva propuesta por cada uno de los protagonistas. El relato se desarrolla a causa de esto en función de las variaciones de materia e intención impuestas por la intervención de los distintos personajes, produciendo a veces la impresión de perderse en innecesarias digresiones. Estas digresiones, sin embargo, contribuyen a trazar el perfil psicológico de los protagonistas, a justificar su conducta, y a definir la obra según la teoría literaria de la época.

La serie de relatos independientes va convirtiéndose poco a poco en auténtica trama novelesca a medida que el lector descubre el destino providencial que ha hecho converger en tan apartado lugar amantes y parientes que el mismo destino había separado dramáticamente. La historia, que se inicia con la derrota de Valdivia en Tucapel, se remonta de este modo a los últimos años del siglo xv, y Loubayssin, con discutible acierto, incorpora al relato de uno de los personajes un curioso resumen de las guerras entre Francia y España, de la actividad corsaria en el Mediterráneo, de la vuelta al mundo iniciada por Magallanes, y de otras mil exploraciones de españoles y portugueses. Ocupan estas digresiones casi una cuarta parte de la novela, y es en ellas en que la crítica ha visto la razón principal de la pesadez y escaso éxito de la obra.¹⁵

Loubayssin tiene conciencia de esta posible objeción, y de hecho se adelanta a responder al crítico amparándose en el interés mismo que tiene la materia y en la forma en que la misma ha sido integrada a la acción principal de la novela. Significativamente, reconoce al mismo tiempo el carácter extemporáneo de este material, mostrando así su instinto de novelista:

No sin razón me reprehenderá el discreto lector por aver hecho gastar tanta flema a mi Hermitaño en contar su historia, porque dirá que la mayor parte de las cosas contenidas en ella no son esenciales a mi obra. Confiésolo, pero... me oso prometer que no faltará quien perdone mi yerro (si yerro se puede llamar) y reciba gusto de ver un compendio de las cosas más notables que sucedieron al fin del pasado siglo y al principio del presente; que se ha puesto sin que la prolixidad de la prosa desenquaderne mi desinio, porque hasta agora no sé aver dicho cosa que no pueda ser tolerada, y sé que si alguno la tiene por enfadosa, que se hallarán otros muchos que juzgarán ser buena y digna de ser leyda.

Con todo esto, olvídense lo pasado (hablo con los impacientes) que si hasta aquí la materia que he tratado les ha causado enfado, *pienso enmendarme de aquí adelante, y trocar el estilo heroyco en otro más suave y gustoso...*¹⁶

Las palabras de Loubayssin revelan claramente el conflicto que siente ante la necesidad de mantenerse fiel al modelo que imita. Una interesante novedad que introduce frente al mismo es que sus protagonistas principales no son los dos amantes tradicionales de la novela bizantina cuyo reencuentro señala el final feliz de la historia. Aquí los protagonistas son de hecho las dos mitades complementarias de dos parejas distintas, don Henrique, que cree que su amada ha muerto, y la princesa Elisaura, que ignora el destino de su amante, perdido en un naufragio.

Elisaura, para conservar su castidad, se presenta disfrazada de varón, adopta el nombre de Lisandro, y pretendiendo ser el hermano de sí misma cuenta como ajena su propia historia.

Loubayssin, que aprovechará este artificio para rematar la primera parte de la novela creando sobre su base una situación compleja y divertida, se permite justificar la intención que le anima al aceptar el recurso literario, y nos dice que lo hizo:

porque de dezir que semejantes beldades puedan ir de venta en monte caminando con hombres moços, por mar y por tierra, sin incitar al gusto, no lo permitan los hados —que esto pertenece solamente a la sencillez de aquellos tiempos que el autor de *Amadis de Gaula* dize que bolvían donzellas a las casas de sus padres las hembras, después de aver paseado veynte años por el mundo en compañía de una caterva de cavalleros andantes, sin aver dormido debaxo de texado—, porque quiero que mis libros en dezir verdades, que las digan de manera que sean de creer y no representar en ellos Tántalos voluntarios...¹⁷

Aparentemente este texto muestra sólo la preocupación del novelista por mantener la verosimilitud, y señala una clara voluntad de superar los moldes del libro de caballerías. La intención del comentario, sin embargo, tiene mayor alcance y una función importante en el contexto total de la obra, pues la observación adquiere un matiz irónico si se considera el desarrollo de la acción principal, y parece como si Loubayssin se hubiera complacido en demostrar cómo la vida propia que adquiere todo personaje de novela desbarata el plan mismo del autor que lo creó.

Efectivamente, transformada en Lisandro para conservar la pureza, Elisaura se convierte de hecho al final de la novela, en virtud de su doble personalidad, en artífice involuntario de una desordenada pasión contra naturaleza, y en voluntaria protagonista e instigadora de una cadena de engaños, por medio de los cuales, sacrificando la castidad de sus compañeras, busca satisfacer su propia pasión por don Henrique.

Aunque premiosamente, Loubayssin conduce la acción a este desenlace con tanto acierto, que el lector llega a olvidar la irritación que le han producido las anteriores digresiones, y su verdadero enojo viene provocado sólo por la pereza del escritor, que no cumplió su promesa de ofrecernos la segunda parte de la novela.¹⁸

El final de la obra traiciona así el esquema esencial del modelo bizantino, para mostrar cómo el paso del tiempo, más que mantener, apaga el fuego del amor; sobre todo si una nueva llama viene a ofrecer a los antiguos amantes una amable alternativa.

Loubayssin crea esta situación presentando el conflicto erótico que surge de una secuencia equívoca de correspondencias amorosas, muy semejante a la que hallamos entre los diversos protagonistas de *La Diana* y que aquí viene provocada por la personalidad ambivalente de Lisandro-Elisaura. Los personajes de Loubayssin, sin embargo, no son los pastores arquetípicos ni los pasivos y fieles amantes de la novela bizantina, y su reacción bajo el impulso de la pasión es mucho más elemental y primaria que la que cabría esperar de los modelos tradicionales.

Esta fresca espontaneidad presta a los protagonistas de la *Historia tragicómica* un verismo que llega a hacer olvidar lo inverosímil de sus azarosas vidas. Inverosimilitud, por otra parte, que Loubayssin procura mitigar situándolos en un escenario sospechosamente fiel a la realidad de la época. Su obra se transforma así en un digno antecedente de la novela histórica, además de ser uno de los primeros ejemplos de narración que sitúa la acción en tierras de América.

Es indudable que Loubayssin estaba familiarizado con textos que le permitieron trazar certeramente el marco histórico de la novela. Su descripción de la batalla de Tucapel, por ejemplo, parece tomada de la *Crónica* de Pedro Mariño de Lobera, según el arreglo que de la misma hizo el P. Bartolomé de Escobar, y es interesante señalar que dicha *Crónica* va dedicada al Marqués de Cañete, personaje importante en la misma y el hijo del cual se dice en la novela haber sido el amante de Elisaura que se perdió en un naufragio.¹⁹

Es probable, incluso, que Loubayssin buscara dar mayor verosimilitud a su relato eligiendo para el protagonista principal el apellido de Castro. Un Baltasar de Castro es mencionado como personaje famoso en la *Crónica* de Góngora Marmolejo y, lo que es sumamente sugestivo, Gonzalo Fernández de Oviedo pensaba dedicar, o dedicó, a dicho personaje un capítulo en su *Historia general y natural de las Indias*, cuyo texto desconocemos, pero cuyo título es en verdad una invitación abierta a la imaginación de cualquier escritor y podría fácilmente haber servido de inspiración para la invención de la historia que de sí cuenta don Esteban de Castro, el abuelo de don Henrique y famoso Hermitaño en cuyo refugio coinciden todos los personajes de la *Historia tragicómica*. Dice así: *Del naufragio que intervinó a Baltasar de Castro e a otros en una nao, en que vinieron de España a esta isla Española, cargada de yeguas, e de septenta e nueve personas que allí vernían se ahogaron las cuarenta e seis, e se salvaron las treinta e tres miraglosamente.*²⁰

Si no es posible afirmar que la *Historia tragicómica* recupera el capítulo perdido de la *Crónica*, sí cabe decir que llena un hueco inexplicable en la historia de la novelística española del siglo xvii, pues es en verdad extraño que ésta

no explotara el rico filón que le ofrecía la mina de las *Crónicas de Indias*.

La obra es además un interesante ejemplo de la evolución sufrida por el modelo bizantino al someter el elemento sentimental del mismo a las exigencias de la verosimilitud. Loubayssin, aunque no permite que se consuma carnalmente la infidelidad de los amantes, asesta un duro golpe al esquema tradicional señalando con suficiente claridad la consumación de la misma en la intención y en la mutación de los sentimientos que cada uno de los protagonistas experimenta. Alejándose del tono idealista del modelo, la *Historia tragicómica* adquiere en sus capítulos finales un ambiente realmente celestinesco merced a las maquinaciones de Elisaura, auténtica tercera de sí misma, que llega a hacer sospechar que el paralelismo entre los títulos de las obras de Loubayssin y Rojas no es enteramente casual.

No puede hablarse, ciertamente, de una relación real entre ambas obras, pero es razonable sospechar que Loubayssin conocía la *Tragicomedia* y que entendía el espíritu de la misma según lo define el Donoso Poeta entreverado en los versos liminares del Quijote. En los *Engaños deste siglo*, al pedir disculpas al lector por la naturaleza desenfadada de la obra, dice el novelista: "aunque te diré, como por paréntesis, que si algunos clérigos mezclaron la desemboltura con la santa Teología, contando en sus libros de devoción los cuentos de Mari Castaña, no es mucho que este libro, que es todo humano, se halle bien con su especie."²¹ Y esa condición de frágil humanidad que caracteriza a los personajes de Loubayssin ante los efectos de la pasión amorosa es precisamente el tema central de las dos novelas.

Atento a la realidad y fino observador de la naturaleza humana, Loubayssin desconfía del ideal propio de la novela sentimental y caballescica y acepta el imperio total de Eros en la contienda amorosa. En la *Historia tragicómica* diluye el análisis de sus efectos en el mar de aventuras que sirve de marco a la acción central de la novela, no consigue establecer una verdadera correlación sintagmática entre los diversos episodios de la obra, y se le escapa al lector el sentido de la misma, al no percibir una relación causal que explique lógicamente la evolución sentimental de los protagonistas.

Loubayssin supera esta dificultad en los *Engaños deste siglo*, jugosa novela en la que el autor manipula con más habilidad sus modelos para experimentar con las posibilidades de los mismos en un contexto ajeno al ambiente que se supone en los originales.

Surge la obra como creación simbiótica del relato erótico y de la técnica y ambientes propios de la picaresca. Temas y situaciones recuerdan la novela de corte italiano, y el tratamiento de los mismos muestra, efectivamente, un desenfado generalmente ajeno a los modelos españoles del mismo tipo; pero no debe descartarse la posibilidad de que el autor se inspirara en éstos.

Se escucha próximo el eco de Cervantes, a quien se cita, y muestra Loubayssin una decidida admiración por el ambiente de la novela picaresca, que recrea en párrafo feliz:

...y él, que era moço valiente y de la hampa, como aquél que avía seguido, quando era soltero, los percheles de Málaga, playa de San Lúcar, arenales de Xerez, almadrasas de Vélez, oliveras de Valencia, consolación de Utrera, ventillas de Toledo, potrô de Córdoba y azoguejo de Segobia, abrió fácilmente las orejas a lo que su tío avía dicho, y acordándose del tiempo pasado y de sus viejos camaradas, entre los quales pensó que podría mejor campear y gozar de los deleytes de la vida ayrada... recibidos los seyscientos reales, y otros trescientos que tomó en lugar de la cavalgadura, porque quiso yr a pie, se partió aquel propio día, sin despedirse de su muger, caminando hacia la Mancha.²²

Loubayssin tiene buen cuidado, sin embargo, en incorporar este ambiente a la novela supeditándolo a las exigencias de los personajes, cuya condición aristocrática sólo indirecta y ocasionalmente permite el violento claroscuro en que se proyecta el mundo de los pícaros.

La narración en tercera persona busca ofrecer una visión aséptica y objetiva de la naturaleza de la acción, y lo logra cumplidamente pese a los ocasionales comentarios del autor omnisciente. Loubayssin se vale para ello de un estilo ejemplarmente terso que proyecta en viñetas cinematográficas los incidentes que dan cuerpo y sentido a la trama, presentando ésta en auténtico retablo cuya acción e intención emerge de las escenas mismas de que se compone.

El tema de la obra es el del burlador burlado, y el marco de la misma son las ventas y mesones que separan Ubeda de la Corte. Aprovecha éste Loubayssin para enlazar en torno al viaje los distintos episodios y conseguir variedad e interés sin ceder en cuanto a la unidad estructural de la narración. Cada episodio es, además, consecuencia del anterior, y este principio de causalidad que domina toda la obra impone la unidad esencial que convierte en novela integral lo que hubiera podido ser simple colección de anécdotas.

Revelan éstas el ambiente moral y material sobre el que se proyecta la acción transformando la obra en auténtico documental de una parcela de la vida española, que Loubayssin demuestra conocer de primera mano. Su objetiva visión de una realidad compleja y abigarrada le permite trazar con idéntica intensidad tanto la línea ingrata que revela aspectos sórdidos como el rasgo feliz que reivindica virtudes no comprendidas de aquel ambiente.

Aunque no es probable que Loubayssin conociera la obra de Pierre de Bourdeilles, Abbé de Brantôme, parece como si los *Engaños deste siglo* hubieran sido concebidos como ejemplar complemento al tratado primero de las *Vies des dames galantes*, elevando a la categoría de relato autónomo el tema que Brantôme trata todavía según remotos moldes medievales.

Coincide Loubayssin con su compatriota en la intención última del relato, y en el gracejo de narrador que sabe presentar las más escabrosas situaciones con tal ironía y humor que ni aun el lector más pacato puede negarle su simpatía. Es por ello que aunque sea imposible establecer una relación directa entre ambos autores, vale la pena señalar la coincidencia de clima intelectual y espiritual que las obras de ambos reflejan.²³

Novela totalmente humana, pese a la intervención sobrenatural que permite al protagonista arrepentirse de sus andanzas antes de la muerte, los *Engaños deste siglo* además de ser un afortunado cuadro de costumbres, como quiere Madeleine D. Lorch, un *roman realiste*, como pretende Reynier, y una feliz adaptación de los *novellieri*, como sugiere J. del Val, es un análisis incisivo, pero no malicioso, de los extremos a que puede arrastrar la pasión puramente erótica, hecho sin olvidar en ningún instante la condición de ejercicio literario que tiene el experimento. Y en esa intención fundamentalmente estética y literaria, que se impone a la concepción de la obra sin renunciar al sentido profundo que pueda tener el tema de la misma, es donde el lector debe buscar el mérito real de la novela.

Es evidente que Loubayssin aprendió su arte de los me-

jores escritores españoles de su tiempo, cuyo estilo imita y llega incluso a superar en cuanto a la libertad en el decir y el desenfado de la expresión, cualidades que le permiten arrancar de sus lectores una franca sonrisa, cuando no es una gozosa carcajada.

Cabe, pues, preguntarse si Loubayssin no representa con esta novela una avenida en el arte de narrar que no pudo alcanzar su pleno desarrollo en España porque el rigor de la censura estricta desaconsejaba proseguir por tal camino. Si así fuera, y la hipótesis no nos parece imposible, la obra del gascón nos ayudaría, en su modestia, a comprender mejor aspectos insospechados de la novelística española, cuyos frutos pudieron recogerse sólo en tierras extranjeras.

University of British Columbia

¹ A. de Castro, *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (Madrid, 1851), B.A.E., 42, p. xxxiv; G. Reynier, "Le Cid en France avant Le Cid," *Mélanges offerts par ses amis et élèves à G. Lanson* (Paris: Librairie Hachette, 1922), pp. 217-21, véase p. 218; J. del Val, "La novela española en el siglo xvii," en *Historia general de las literaturas hispánicas*, ed. G. Díaz-Plaja, III (Barcelona: Ed. Vergara, 1953), pp. lxxv-lxxvii; M. D. Lorch, "Francisco Loubayssin de Lamarca, Romancier Franco-Espagnol du xviii siècle," *Revue de Gascogne*, 66 (1929), 49-60, véase p. 60.

² *Revue de Gascogne*, 14 (1873), p. 482, y vol. 23 (1882), p. 200.

³ Las notas del anónimo *chercheur* aparecieron en la *Revue de Gascogne*, 35 (1894), p. 442, y vol. 36 (1895), p. 205 bajo los títulos de "Sur le romancier Loubayssin de Lamarca," y "Nouveau document sur le romancier Loubayssin de Lamarca"; A. Lavergne, "François de Loubayssin de Lamarca et Jean-Marie de Lamarca de Tilladet, son fils," *Revue de Gascogne*, 36 (1895), 30-5.

⁴ *Revue de Gascogne*, 35 (1894), p. 442.

⁵ En la "Advertencia al lector" de las *Aventures héroïques et amoureuses* dice Loubayssin que pasó larga temporada en Madrid y que viajó extensamente por la península.

⁶ *Le portrait royal de Mgn. le duc d'Orleans* (Paris, 1645), 41 pp; *Panegírico al gran Cardenal duque de Richelieu* (s.l., s.f.), 21 pp. Nos ha sido imposible consultar estas obras.

⁷ *Deffy de la langue françoise et de l'espagnole, pour sçavoir quelle des deux est plus eloquente, fait en forme panegirique ...* (Paris, 1639), iv-22 pp. Hay traducción española del mismo año. Para comprender el alcance de la polémica a que aludimos, véase el trabajo de J.M. Jover, 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid: C.S.I.C., 1949)

⁸ "Nouveau document sur le romancier Loubayssin de Lamarca," *Revue de Gascogne*, 36 (1895), p. 205.

⁹ Véase el artículo de Lavergne, p. 31.

¹⁰ Lavergne, p. 31.

¹¹ *Engaños deste siglo y historia sucedida en nuestros tiempos, dividida en seys partes, Dirigida a don Henrique de Gondy, Duque de Retz*, en Paris, en Casa de Juan Orry, 1615; *Historia tragicómica de don Henrique de Castro, En cuyos estraños sucessos se veen los varios y prodigiosos efectos del Amor y de la guerra, Dirigida a ilustrissimo y excelentissimo Principe Don Luys de Lorena Cardenal de Guisa*, Paris,

1617, Adrian Tiffeno, a costa de la viuda de Guillemot; *Les adventures heroïques et amoureuses du comte Raymond de Thoulouse et de don Roderic de Vivar*, dedicada a M. de Loménie, gran maestre de ceremonias de la Orden del Espíritu Santo, Paris, 1619, T. Du Bray. Las citas en el presente trabajo han sido tomadas de estas ediciones. De los *Engaños deste siglo* hay dos traducciones al francés y alguna adaptación que en sí mismas exigirían un estudio aparte.

¹² Palau es el único en citar más de una edición de esta obra; de la supuesta edición de 1612 dice que poseía un ejemplar en 1932 el librero madrileño Barbazán.

¹³ Para un análisis detallado de las *Aventures heroïques et amoureuses* véase el artículo de G. Reynier citado en la nota 1.

¹⁴ Pensamos en obras como *Clélie, Ibrahim ou l'illustre Bassa* o *Le Gran Cyrus* de Mlle. de Scudéry o en el *Polexandre* de Gomberville.

¹⁵ Véanse, por ejemplo, los comentarios de Lorch, pp. 56-8.

¹⁶ *Historia tragicómica*, Libro IX, cap. I; el subrayado es nuestro.

¹⁷ *Historia tragicómica*, Libro-V, cap. III.

¹⁸ "Le pauvre lecteur... quand il commence à être intéressé, il est cruellement déçu par un écrivain paresseux qui n'a pas tenu sa promesse," Lorch, p. 57.

¹⁹ *Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán D. Pedro Mariño de Lobera, Dirigida al Excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Vicerrey y Capitán General de los reinos del Perú y Chile... reducida a nuevo método y estilo por el P. Bartolomé de Escobar, de la Compañía de Jesús*, ed. F. Esteve Barba (Madrid, 1960), B.A.E., 131, pp. 227-562.

²⁰ *Libro de la Historia general y natural de las Indias*, ed. J. Pérez de Tudela (Madrid, 1959), B.A.E., 121, pp. 357-8.

²¹ Preliminares, "Al discreto lector," f. vii; el subrayado es nuestro.

²² *Engaños deste siglo*, pp. 182-3.

²³ Siendo ambas obras un intencionado análisis de los diversos aspectos que puede presentar el adulterio, existen entre ellas tan sugestivas coincidencias como el considerar el lesbianismo como posible forma de infidelidad y el señalar la ambigua posición del burlador, que por su misma condición se transforma automáticamente en marido burlado en potencia. Es significativo, además, que una adaptación al francés de la obra de Loubayssin, publicada en el siglo xviii, lleva por título *Histoire des cocus*, que es precisamente el que mejor conviene al primer tratado de las *Vies des dames galantes*.